



APOLOGIA DE ALGUNOS PERSONAGES FAMOSOS EN LA HISTORIA.

DISCURSO II.

NO solo los sugetos, cuya defensa emprendemos en este Discurso, son de diferentes tiempos, clases, sexos, y profesiones, mas tambien son de diferentes especies los capitulos sobre que ha de caer la Apologia. Esta diversidad, atendida por sí sola, parece pedia para cada sugeto distinto Discurso; y á la verdad sobre objetos no de mayor amplitud han compuesto algunos libros enteros. Pero sobre que la infinidad de materias diferentes, que me he propuesto abarcar en esta Obra, me precisa á ceñirme todo lo posible en cada una, juzgo que la conveniencia generica de todas estas Apologías me dá libertad para colocarlas todas debaxo de un titulo comun. Yá he advertido lo mismo en el exordio del *Discurso antecedente*; como tambien, que en esto prefiero á mi utilidad la del Lector: el qual, si yo dividiese en muchos Discursos lo que puedo comprehender en uno, me pagaría, como si estuviese escrito, mucho papel en blanco, ú ocupado de las letras grandes de los titulos de tantos Discursos, y yo con menor trabajo recibiría el mismo precio por el libro.

EMPEDOCLES.

§. I.

NO disputo si Empedocles fue buen, ó mal Filosofo, buen, ó mal Poeta, (que una, y otra Facultad profesó): Tampoco si fue tan soberbio, que siempre se mostrase á los Pueblos vestido de púrpura, y coronado de

oro; ó tan vano, que captase honores divinos; si solo, si fue tan locamente ambicioso, que secretamente se arrojase en las llamas del Etna, para que no pareciendo su cadaver, creyesen los hombres, que vivo havia subido al Cielo, y le adorasen como Deidad. Esto es lo que se halla positivamente aseverado en infinitos libros; y viene á ser Empedocles un exemplo de primera nota, ó yá se trate de las extravagancias de los Filósofos Gentiles, ó yá se moralice sobre la necia ambicion de los mortales, como derivada de aquella sugestion de la antigua serpiente á nuestros primeros Padres, *sereis como Dioses*. Esta noticia viene de dos Escritores Griegos muy antiguos, Hippoboto, y Diodoro de Epheso, y de ellos se ha difundido á Griegos, y Latinos. Trivial es lo de Horacio:

..... *Deus immortalis haberi*
Dum cupit Empedocles, ardentem frigidus Ætnam
Insultat.

3 Una de las reglas elementales de la Critica es, que quando sobre un hecho se encuentran diferentes opiniones historicas, se elija la que mas dista de lo inverisimil; por lo menos si el exceso de verisimilitud no se halla contrapesado en la opinion opuesta con igual, ó mayor exceso de autoridad. Pero esta regla, tan claramente dictada por la luz natural, veo que freqüentemente se abandona, en tanto grado, que algunos Escritores parece hacen empeño de seguir la contraria, lo qual depende de que lo inverisimil, como synonymo de lo prodigioso, aunque menos apto para conciliar el asenso, sirve para dár lustre al escrito; y aman, no la verdad, sino la ostentacion.

4 En nuestro asunto tenemos un exemplo. Es verdad, que los dos Autores citados refieren lo que se ha dicho de la muerte de Empedocles; pero otros tres no menos autorizados, y pienso que mas antiguos, Timéo, Neanthes de Cyzico, y Demetrio Trecenio le atribuyen otro genero de muerte, sin comparacion mas verisimil. Pues por qué no han de ser creídos estos antes que aquellos? La inverisimilitud de lo que refieren los primeros está saltando á los ojos. Considerese á Empedocles á la margen del Volcán, presente

aquel oceano de fuego á la vista, y una muerte horrible á la imaginacion. Es creíble, que por una felicidad imaginaria, y ni aun imaginaria, pues bien sabía, que muerto, ningun gozo podia percibir de aquel error de los hombres, por un ente de razon conocido como tal, por una quimera se precipitase en aquel abysmo de azufre, y llamas? Digo que no.

5 Pasemos mas adelante, permitiendo la verisimilitud. Quién vió el suceso? Nadie, que eso se dá por asentado. Pero dicen se colige, porque por mas diligencias que se hicieron en busca de su cadaver, nunca pareció. Otros dicen lo contrario. Y aun Timéo, bien lexos de conceder que muriese en Sicilia, y en las cercanías del Etna, refiere, que habiendo pasado al Peloponeso, alli murió. Mas demos de barato su muerte en Sicilia, y la desaparicion del cadaver. No pudo éste desaparecer, sin que se lo sorbiese el Etna? Demetrio Trecenio dice, que paseando á la orilla del Mar, como era ya viejísimo, resvaló, y cayendo en el agua, quedó sumergido. Vé aqui desaparecido el cadaver con causa mucho mas verisimil.

6 No fue eso, me dirán, porque hubo seña manifiesta de que se havia arrojado en el Etna. Es el caso, que poco despues el ímpetu de la llama arrojó fuera uno de sus zapatos. Asi lo refiere Hippoboto. Insigne patraña, aunque lo dixesen quinientos Hippobotos. La llama del Etna, á quien no resiste la dureza de los marmoles, havia de respetar, y dexar ilesos, aun por brevisimo tiempo, los zapatos de Empedocles? Dicen que eran de metal. Eufugio, sobre ridiculo, inutil. Doy que aquel Filosofo, ó por distinguirse en todo de los demás hombres, ó por otro motivo vano, tuviese la extravagancia de calzarse de metal. Indemnizaba esta circunstancia sus zapatos de la voracidad del Volcán? De ningun modo. Sabese, que su valentísima actividad en un momento liqua los mas rígidos metales. En el espantoso vómito de llamas, que tuvo el Etna cerca del año 1665, salió de él un rio de metal liquido, que llegó hasta la Ciudad de Catania. Entre otros experimentos, que se hicieron del violentísimo calor del metal derretido, fue uno el de meter en él una espada, y en el instante mismo se liquó la porcion de ella, que se havia sumergido.

Vie-

7 Viene á este proposito el chiste, que refiere el Padre Dechales, de un Español, el qual, haciendo reflexion sobre que los Volcanes duraban tantos siglos, y que no hay materia alguna, que no se consuma en el fuego sino el oro, coligió ser oro derretido todo lo que arde en los Volcanes. Con este pensamiento, persuadido á que havia discurrido un modo facil de adquirir inmensas riquezas, hizo una caldera fuerte de hierro, y pendiente de una cadena del mismo metal, la entró por la boca de un Volcán, para sacarla llena de aquel oro liquido. Qué sucedió? Que al momento que la caldera tocó aquella encendida masa, no solo ella, mas buena porcion de la cadena se derritieron, y el cándido hombre se halló burlado con otra porcion de cadena en la mano. Tan activa, y tan pronta es la fuerza de aquel ardor! Asi mejor le estuviera á Hippoboto fingir, que los zapatos de Empedocles eran de Amianto.

DEMOCRITO.

§. II.

8 **L**A opinion vulgar ha transformado á este Filosofo en un pobre maniatico, en un bufón extravagante, que pasaba la vida en continuas carcajadas, y por reirse de todo, se hacia irrisible de todos: á lo que ha sido consiguiente juzgarle poco menos ignorante, que ridiculo. Sin embargo de estar tan establecida esta opinion, es facil demostrar, que en el fondo fue Democrito uno de los personajes mas sérios, y de mayor talento, que tuvo la antigüedad. Esto acreditan su aplicacion al estudio, su modo de vivir, la estimacion que de él hizo su Patria, y su vasta sabiduría. Todo lo que vamos á decir en defensa suya, consta de Diogenes Laercio, de Athenéo, de Valerio Máximo, Ciceron, y otros.

9 Su aplicacion al estudio fue tanta, que le tenia en un continuo recogimiento. Apenas salia jamás de su casa, ni aun apenas en su misma casa se espaciaba, metido casi siempre en el quarto de estudio, leyendo, meditando, y escribiendo. El deseo ardiente, que tenia de adquirir mas, y mas luces, le obligó á dexar por mucho tiempo, no solo el recogimien-

Tom. VI. del Teatro.

F 3

to,

to, mas tambien la Patria, para consultar los Sabios de Egipto, de Persia, de Caldéa, y como quieren algunos, aun los de la Ethiopia, y la India. Consumió en estas peregrinaciones todo lo que havia heredado de su padre, que montaba á cien talentos. De vuelta á su Patria, fue acusado ante los Magistrados, como dissipador de los bienes paternos, porque en aquel País se tenia este por delito grave, y se castigaba privando al dissipador del sepulcro de sus mayores, como miembro indigno apartado de la familia. El modo de justificarse Democrito fue singular. Escogió el mejor de los libros, que havia escrito (intitulabase *El gran Diacosmo*), y le leyó ante los Magistrados, como que aquel era el fruto de sus viages, y de todo lo que havia expendido en ellos. Admiraron tanto los Magistrados la profundidad de doctrina, que havia en aquel libro, que dieron por bien expendido en adquirirla tan crecido caudal; y no solo absolvieron á Democrito, mas hicieron que del público se le contribuyesen quinientos talentos, y como á Varon excelentísimo se le erigiesen estatuas. Notese, si los Jueces, y la Patria practicarían tan altas atenciones con un hombre caprichoso, y truhan, por no decir semifatuo, que á todos momentos se estaba riendo de los Jueces, de la Patria, y de todo el Mundo.

10 La grande aplicacion de Democrito, acompañada de un genio sutil, y vasto, le conciliaron tanta extension de sabiduría, que no conoció otra igual aquella edad; pues al paso que de los Filósofos de aquel tiempo, el que mas abarcaba, solo se estendia á la Physica, Ethica, y Metaphysica; Democrito á estas tres Facultades añadió la Medicina, la Botanica, la Geometría, la Arithmetica, la Musica, la Astronomía, la Poesía, la Pintura, y el conocimiento de las Lenguas. Todo esto consta del Catalogo de sus Obras, que hallamos en Diogenes Laercio.

11 Pregunto, si las circunstancias, que hemos insinuado de Democrito, caracterizan un bufon ridiculo, ó antes bien á un varon circunspecto, grave, sério, contemplativo, y de muy superiores luces á las comunes?

12 Confieso, que la risa de Democrito se ha hecho proverbio en el Mundo, como nimia, ó redundante, y que este proverbio fue ocasionado de las noticias, que de este

Fi

Filósofo nos dexaron antiguos Escritores. Con todo digo, que esa risa tan decantada no excedió de lo que permite la gravedad filosofica.

13 Para cuya demonstracion se debe considerar, que quanto hay de malo en los hombres, puede reducirse á tres capitulos, que son su malicia, su desgracia, y su ignorancia, ó falta de advertencia. Estos tres males naturalmente mueven, en quien racionalmente los contempla, tres distintos afectos. La malicia, indignacion: la desgracia, lastima: la ignorancia, risa. Segun se determina, pues, la consideracion á alguno de estos tres males, se mueve distinto afecto; y de aqui vino la gran diferencia característica, que todos notan en los dos Filósofos de afectos antagonistas, Heraclito, y Democrito. Pintan á Heraclito lloroso, en el mismo grado que á Democrito risueño. Es, que contemplaba cada uno distinto mal en el hombre: el primero sus desdichas, el segundo sus necesidades. Esto es lo que comunmente se dice, que yo á la verdad juzgo, que Heraclito no excedia de compasivo, sino de iracundo; ni fixaba la consideracion en la desgracia, sino en la malicia de los hombres. Consta esto de sus tres Cartas á su amigo Hermodoro (lo unico que nos ha quedado de sus Escritos), en las quales, tratando del mal gobierno, y depravadas costumbres de la Ciudad de Epheso, Patria suya, no se vé el menor vestigio de afecto compasivo. En todo su contexto están respirando ira, indignacion, y odio. En las mismas Cartas se vé, que era presuntuoso en extremo, arrogante, soberbio, y despreciador de todos los demás hombres. Qué tiene esto que vér con la indole blanda, y lastimera, que se le atribuye? Finalmente es constante, que de tedio de los hombres se retiró á vivir solitario en los montes. Todo esto significa un genio tétrico, insociable, ceñudo, y que Heraclito merecia el epitheto que se dió al Atheniense Timon, de *Misanthropo*, esto es, *enemigo*, ó *aborrecedor de los hombres*.

14 Pero que Heraclito estuviese ordinariamente llorando, como comunmente se dice; que riendo, como yo siento, todo es uno para nuestro proposito, el qual se reduce á manifestar, que en Heraclito, y Democrito se movian distintos afectos, porque fixaban la atencion en objetos distin-

F 4

tos.

tos. Fuesen, ó no justos el llanto, ó ira de Heraclito, cuya Apología no instituímos aquí, digo, que era razonable la risa de Democrito. Miraba Democrito á los hombres por la parte por donde son ridiculos: consideraba sus necedades, sus simplezas, su presuncion mal fundada, sus vanos deseos, sus inútiles ocupaciones, objetos todos dignos de risa, porque, como dixo Aristoteles, es ridiculo, ó irrisible todo lo que es torpe, sin causar dolor: *turpitudó sine dolore*. La necedad, y vanidad del hombre son torpes, y no le duelen, antes está contento con ellas. Luego son objetos dignos de risa.

15 Sí: mas puede la risa, aunque no yerre el objeto, pecar de nimia; y acaso eso es lo que se reprehende en Democrito. Respondo, que aun por esta parte la acusacion es injusta, y fundada en una mera equivocacion. La risa tan decantada de Democrito no fue tanto exercicio, como dogma: mas fue objeto, que acto. Distinguióse este Filosofo entre los demás, no porque riese mas que todos los demás Filosofos; sino porque puso atencion especial sobre las ridiculeces de los hombres, y hizo parte principalísima de su Doctrina Moral, la máxima singular de que las cosas humanas mas movian á risa, que á ira, ni compasion. Fue facil concebir muy inclinado á la risa á un Filosofo, que filosofaba de este modo; y de concebirle muy inclinado á la risa, fue tambien facil el transito á concebirle riendo á cada momento: pero su genio solitario, y vida retirada, hacen prueba eficaz en contrario. Qué sugeto muy inclinado al retiro se ha visto, que fuese muy risueño? Parecen absolutamente inconciliables estas dos cosas. El que tiene mucha propension á reir, busca las ocasiones de executarlas, y éstas se hallan en la compañía de los demás hombres; no en la soledad.

16 Confirmase que Democrito era mas sério, que festivo, con un suceso suyo, que refiere Luciano. Decia Democrito, que quanto se hablaba de spectros, phantasmas, y apariciones de espiritus, era fabula. Ciertos mancebos, ó para examinar si lo sentia así, ó para hacerle mudar de parecer, entraron en su quarto de noche, haciendo representacion de diablos con mascarás, y disfraces horrendos, á que añadieron voces, y movimientos correspondientes. Democri-

to,

to, que á la sazón estaba escribiendo, bien lexos de asustarse, sin detener la pluma, y aun casi sin dignarse de mirarlos, con voz severa les dixo, que dexasen de loquear, ó fuesen á loquear á otra parte; y sin articular otra palabra, fue continuando con gran serenidad su escritura. Qué ocasion mas oportuna para reirse Democrito, si fuese de genio algo festivo? Las matachinadas de los fingidos spectros eran apertisimas para excitar la risa en quien conccia ser todo fingimiento. Para una intentona de aquel genero era castigo mas proprio una irrision jocosa, que una increpacion seria. En fin, en aquel objeto havia quanto es menester para serlo de la risa: esto es, *torpeza sin dolor*. Pues por qué no se rió Democrito? Por qué no los zumbó? Por qué no hizo irrision de su mal forjada tramoya? Sin duda que su humor no le llevaba mucho á la carcajada.

17 No repugnaré, que Democrito riese algunas veces afectadamente, á fin de abrir camino para dogmatizar sobre las ridiculeces de los hombres; pero la risa afectada no se opone á la seriedad verdadera. Tambien concederé, que en algunas ocasiones, en que reiría de veras, se tendria su risa por extravagante. Tenia Democrito por ridiculas muchas acciones de los hombres, que los demás respetaban como muy razonables; calificaba de necedades las que otros miraban como discreciones. Reiríase de ellas Democrito; y los demás, que no penetraban como él la ridiculéz, que havia en tales objetos, por eso mismo le tendrian á él por ridiculo.

18 En el Tomo I, Discurso I, numero 9, dimos noticia de tres Cartas de Hippocrates, en que éste refiere como los Abderitas le llamaron para que curase á Democrito Conciudadano suyo, á quien por sus impertinentes risas juzgaban dementado: que Hippocrates fue á verle, y de la conversacion, que tuvo con él, resultó estimarle despues por un hombre supremamente cuerdo, y sabio. Esto podrá servir de confirmacion á todo lo que acabamos de decir en abono de Democrito. Pero valga la verdad: despues que escribimos aquello, hemos notado, que muchos Criticos se inclinan á que las expresadas Cartas son parto supositicio de Hippocrates; y así no pretendemos aprovecharnos de ellas mas que como un monumento incierto.

Una

19 Una cosa debo advertir, y es, que en el lugar citado hay una expresion mia, que puede significar, que la risa de Democrito era en algun modo nimia. Y porque no se me note de inconsequencia, repito aqui lo que yá noté en otras ocasiones: Que no suelo expresar mi particular dictamen en ninguna materia, en que siento contra la opinion vulgar, sino quando la trato de intento; quando la toco por incidencia, me ajusto regularmente al comun modo de hablar. Este método es preciso para dexar corriente la lectura, y no embarazar los discursos con quèstiones estrañas.

20 Otro chisme se ha suscitado contra Democrito, que á ser verdad, probaría mas eficazmente su falta de juicio, que toda la multitud de carcajadas, que le imputan. Refieren varios Autores, entre ellos Aulo Gellio, que advirtiendole, que los objetos sensibles le distrahían algo de la contemplacion de la naturaleza de las cosas, se privó voluntariamente de la vista, para discurrir con mas atencion, y profundidad. Confesaré sin dificultad, que tal resolucion solo cabe en un seso depravado. Pero Plutarco rechaza este cuento como fabuloso: *Illud quidem falsò jactatum est de Democrito, quod spontè sibi ademerit oculos, &c.* (Lib. de Curiosit.) Qué necesidad tenia, para remover el estorvo de los objetos sensibles, de quitarse los ojos? No lograría lo mismo metiendose en un lugar obscuro, siempre que quisiese meditar? El Poeta Laberio, dando por verdadero el hecho, le señaló otra causa. Dice, que se privó de la vista Democrito, por no vér la prosperidad de los malos; como si no consiguiese tambien lo mismo viviendo siempre retirado de todo comercio: fuera de que cegarse por esa causa, arguye un genio extremamente desabrido, y rabioso, en lugar del fresco, y risueño, que atribuyen á Democrito. Ni es mas verisimil lo que dice Tertuliano, que se cegó, porque no podia vér las mugeres sin movimiento de la incontinencia, y sin dolor, quando no podia gozarlas. Nada mas ageno del genio de Democrito, de quien es constante, que nunca quiso casarse. Mal se sostienen las fabulas, quando se examina atentamente la verdad.

EPICURO.

§. III.

21 **F**Loreció este Filosofo en el tiempo que empezaba á arder la emulacion entre Maestros, y Discipulos de varias sectas de Filosofia. Mutuamente se hacian guerra unos á otros, yá con infieles interpretaciones de la doctrina, yá con falsas acusaciones de las costumbres. En el primer punto muchos tienen por un insigne calumniador á Aristoteles. Pero compensósele con ventaja en el segundo, en que él fue atrozmente calumniado. En Epicuro halló mas apariencias, que en otros Filosofos, la malicia, para autorizar la calumnia. Constituía Epicuro la suprema felicidad en el *Deleyte*: doctrina equívoca, entretanto que se mira en esta generalidad, porque el deleyte es indiferente á honesto, y torpe. Pero el vulgo comunmente al oír la voz *Deleyte*, la determina á mala significacion, porque, segun su grosero modo de entender, apenas percibe otros deleytes, que los de la incontinencia, y destemplanza, ó por lo menos estos tiene por los mayores. La ruda inteligencia del vulgo alentó á los émulos para infamar la doctrina de Epicuro, como que colocaba toda la bienaventuranza en la sensualidad, y la gula. Fue facil derivar luego la acusacion de la doctrina á las costumbres, porque siendo evidente, que todos los hombres con apetito innato desean ser felices, era consiguiendole, que Epicuro buscara con ansia aquellos objetos, en quienes creía consistir la felicidad. Atribuyendole, pues, aquel perverso dogma, era preciso inferir una vida conforme á él; esto es, consumida en lascivias, glotonerías, y embriagueces.

22 Demás de la causa sobredicha, otras dos concurrieron á manchar la fama de Epicuro. La primera fue su errada, y aun impia opinion en orden á la Deidad. Decía Epicuro, que havia Dioses, pero Dioses ociosos, ineptos, incapaces de hacer bien, ni mal á nadie, sin providencia, sin actividad, sin influxo; y aunque confesaba, que eran merecedores de culto, atribuía esta deuda precisamente á la excelencia de su naturaleza, separandola enteramente de toda dependencia, ó agradecimiento; al modo que por la ven-

taja de su calidad obsequiamos á un noble, que no nos ha hecho, ni puede hacer bien, ó mal alguno. Confieso, que este era un poderoso motivo para pensar mal de la doctrina moral, y aun de las costumbres de Epicuro: porque removidos el temor del castigo, y la esperanza del premio, poca estimacion, ó práctica de la virtud se puede esperar de los hombres.

23 La segunda causa del descredito de Epicuro fue el relajado modo de vivir de algunos Sectarios suyos, que torciendo la doctrina del Maestro á favor de sus viciosas inclinaciones, persuadieron á muchos, que Epicuro havia enseñado lo que ellos decian, y vivido como ellos.

24 Sin embargo de todas esas preocupaciones, no quedó tan deplorada la causa de Epicuro, que algunos célebres Autores no emprendiesen felizmente su defensa. Ocupa entre ellos un honrosísimo lugar nuestro famoso Don Francisco de Quevedo, quien con testimonios de muchos claros Varones de la antigüedad convence lo primero, que Epicuro no constituía la felicidad en los deleytes corporeos, sino en los espirituales: lo segundo, que este Filosofo, bien lexos de ser dado á la glotonería, y embriaguéz, era muy parco en comida, y bebida, y ordinariamente pasaba con pan, agua, y queso, ó algunas legumbres de su huerto: lo tercero, que vivió castamente, y abstraído de los deleytes venereos. Como las Obras de Quevedo andan en las manos de todos, omito repetir los testimonios que él alega á favor de Epicuro. Pero añadiré dos de gran peso, que él omitió. El primero es de San Gregorio Nacianceno, el qual en el 18 de sus Jambicos justifica altamente, asi la doctrina moral, como la vida de Epicuro. Estas son sus palabras:

*Ipsam voluptatem putavit præmium
Epicuros extare omnibus laboribus,
Mortaliumque tendere huc bona omnia;
Ac nec ob voluptatem improbam hanc laudari
Quis crederet, moderatus, & castus fuit,
Dum vixit ille, dogma moribus probans.*

En Castellano: Epicuro juzgó, que el deleyte era el premio de todos los trabajos, y que éste era el termino de todos los

bie-

bienes de los mortales. Y porque alguno no creyese que alababa el deleyte vicioso, fue en toda su vida templado, y casto, comprobando su dogma con sus costumbres.

25 La autoridad de este Padre es de especialísima consideracion en la materia, porque cursó en Athenas, donde havia fixado su Escuela, y habitacion Epicuro; asi es verisimil, que alli hallase monumentos fieles de su doctrina, y modo de vivir. Con esto se satisface á la objecion, que contra Epicuro se forma, del desprecio con que hablan de él otros Padres, como San Agustin, San Ambrosio, y San Isidoro; los quales, habiendo vivido siempre muy lexos de Athenas, escribieron sobre memorias inciertas, y creyeron buenamente ser de Epicuro algunos escritos torpes, que falsamente le atribuyó Diotimo, Filosofo Stoyco, y declarado enemigo suyo.

26 El segundo testimonio, omitido por Don Francisco de Quevedo, es del Filosofo Chrysipo, coetaneo, y émulo irreconciliable de Epicuro, y que en esta qualidad debe ser creido en quanto testifica á su favor. Chrysipo, pues, citado por Stobéo, confesaba á Epicuro la prenda de casto; aunque malignamente la torcia en su oprobrio, porque lo atribuía á insensibilidad, ó estupidez. Vivieron á un mismo tiempo en Athenas estos dos Filosofos. Por vecino, y por émulo no podia Chrysipo ignorar los vicios de Epicuro. Si fuese lascivo, es claro, que no le confesaría continente. No pudiendo, pues, negarle la partida de casto, desbarró su malicia por otra parte, y dixo, que su continencia no dependia de virtud, sino de estolidéz.

27 Finalmente propondré contra los calumniadores de Epicuro una reflexion, que me parece harto eficaz. Refiere Diogenes Laercio, que fueron innumerables los libros que escribió Epicuro; de modo, que ninguno de la antigüedad le igualó en la multitud de escritos. *Scripsit autem Epicurus infinita volumina, adeo ut illorum multitudine cunctos superaverit.* (Diog. Laert. lib. 10.) Digame ahora el mas preocupado contra Epicuro, si es verisimil, que un hombre, que constituía toda su bienaventuranza en los deleytes corporeos, y por consiguiente todo entregado á la glotonería, á la embriaguéz, y á la lascivia, pudiese escribir tanto. Es claro que

que no, porque sus desordenes le pondrian lo mas del tiempo en estado de no poder tomar la pluma, y aun llegarian á inhabilitarle del todo, como ordinariamente sucede á los que profesan este género de vida brutal.

28 Restanos decir algo sobre los tres capitulos propuestos arriba, en que se fundaron los infamadores de Epicuro. El primero facilmente se desvanece, porque constando que Epicuro fue parco, sóbrio; y continente, con evidencia se infiere, que no colocaba la bienaventuranza en los deleytes de la gula, y sensualidad. El deseaba ser feliz, como con invencible necesidad desean todos los hombres; por consiguiendo, si sintiese que la felicidad consistia en esos corporeos deleytes, los buscaría, y abrazaría. Pero deslindemos este punto con mas exactitud.

29 Dos partes hay que considerar en esta doctrina de Epicuro: la una cierta, la otra quëstionada. La cierta es, que colocó la felicidad en el deleyte: la quëstionada es, en qué especie de deleyte, ó en orden á qué objeto colocó la bienaventuranza. En quanto á lo primero estuvo tan lexos de incidir en un torpe error, como comunmente se piensa, que antes habló con mas propiedad, y mas filosoficamente, que los demás Filósofos del Paganismo. De éstos uno constituía la bienaventuranza en las riquezas, otro en la dominacion, otro en los honores, otro en la salud, otro en la fama, &c. Generalmente, si se mira bien, sobre errar en el fondo de la cosa, hablaban con suma impropiedad, porque tomaban por bienaventuranza, yá la causa objetiva, yá la instrumental de la bienaventuranza. Epicuro explicó derechamente la cosa por su misma esencia, no por sus causas. Constituyó la bienaventuranza en un acto del alma, en que concuerdan con él todos nuestros Theologos, y algunos aun en la especie del acto, pues colocan, como Epicuro, la formal felicidad en el acto de delectacion, gozo, ó fruicion: sentencia, que aunque no es de las mas validas en las Escuelas, tiene probablemente los grandes apoyos de S. Agustin, y Santo Thomas. S. Agustin en el lib. 1 de Doct. Christ. cap. 32, dice, que el premio supremo que Dios dá, es el gozar de él: *Hæc autem merces summa est, ut eo perfruamur.* Y en el lib. 8 de Civit. cap. 9, sienta, que nadie es bienaventurado, sino el que goza el

el objeto amado: *Nemo beatus est, qui eo quod amat non fruatur.* Santo Thomas 1 2, quæst. 33, art. 3, in corp. distinguiendo entre el ultimo fin objetivo, y formal del hombre, dice, que *el primero es Dios, el segundo la fruicion, ó acto de gozar de Dios, el qual incluye en sí el deleyte de poseer el ultimo fin, y en este sentido se puede decir, que el deleyte es el sumo bien del hombre. Optimum in inaquaque re est ultimus finis. Finis autem, ut supra dictum est, dupliciter dicitur, scilicet ipsa res, & usus rei, sicut finis avari est, vel pecunia, vel passio pecuniæ, & secundum hoc ultimus finis hominis dici potest; vel ipse Deus, qui est summum bonum simpliciter, vel fruitio ipsius, quæ importat delectationem quamdam in ultimo fine; & per hunc modum aliqua delectatio hominis potest dici optimum inter bona humana.*

30 Supuesto, pues, que no erró Epicuro en colocar la humana felicidad en el deleyte, solo resta que errase en la designacion del objeto de ese deleyte; y yo confesaré que erró en esta parte; pero afirmando al mismo tiempo dos cosas á su favor: la primera, que no erró con error prácticamente inhonesto, ó que tenga mala consecuencia ácia las costumbres. La segunda, que erró menos que todos los demás Filósofos Gentiles. Lo primero, sobre constar de lo que diximos arriba de la sobriedad, y continencia de Epicuro, se prueba con sus mismos Escritos. Entre los pocos, que por la diligencia de Diogenes Laercio se nos han reservado, está su Carta á Meneceo, donde expone toda su doctrina moral, y en ella claramente explica, y aun inculca, que el deleyte, que pone por constitutivo de la felicidad, es unicamente el que resulta de la salud, ó indolencia del cuerpo, y de la tranquilidad del animo, con exclusion positiva de todos los placeres vedados. Notense especialmente estas palabras suyas, en que rechaza juntamente la maligna interpretacion, que ignorantes, y émulos daban á su doctrina: *Constat igitur, quando Voluptatem, beatæ vitæ dicimus finem, non intelligere nos eas voluptates, quæ sunt virorum luxu diffluentium, aut aliorum etiam, quatenus spectantur in ipsa actione fruendi, quæ nimirum sensus jucundè, dulciterque afficitur, veluti quidam ignorant, aut à nobis dissentientes, aut alioquin adversum nos malè affecti interpretantur; sed illud dumtaxat intelligimus, non dolere*
cor-